

---

---

## PLATICA XXXVIII.

DE LOS PECADOS Y DAÑOS DEL PERNICIOSO VICIO DE DECIR  
MALDICIONES.

—  
A 15 de Noviembre de 1691.  
—

SIN echar mano á la espada, tiene tambien manos la lengua, y manos con que dá la muerte en mas penetrantes heridas: *Mors, et vita in manu linguæ.* (Prov. 18. v. 21.) A dos filos sin sangre mata, y á dos puntas quita sin aceros la vida; primero, al mismo que aguza en ella su rabia, y luego al que padece de sus palabras el veneno. Se mata tambien con el dicho, nos dice el Catecismo. Hay lenguas homicidas, y de estas nos toca hoy ponderar el veneno; pero siendo este tan comun, siendo este tan ordinario, no sé cómo podré yo conseguir que se haga el debido concepto de su infernal malignidad. Como ley asentada corre entre los médicos, que de la lengua se toman principalmente en los achaques agudos las señales mas ciertas. Mas fiel muestra la lengua el interior da-

ño, que lo manifiesta el pulso. (Drex. t. 2. Orb. Pha. c. 37.) Si veis en una aguda fiebre, dice Hipócrates, la lengua del enfermo negra, á un tiempo como un carbon apagado, y ardiente como uno encendido, no hay que esperar, abrid la sepultura: *Lingua nigra, et virulenta calamitosissima.* (Hip. lib. 2. Coac. cap. 7. prog. 1.) Pues si por la medicina del cuerpo hemos de tantear la del alma, yo me veo necesitado á dár á muchos de mis oyentes una muy mala nueva, un fallo muy terrible. No desespere de su salud; pero viéndose sus lenguas, si les aviso desde luego que están muy malos, que están muy á la muerte, que están muy de peligro, diga lo que dijere el pulso: *Lingua nigra, et virulenta calamitosissima.*

Veo muchos, quiero decir, veo muchas (que con especialidad debo hablar hoy con las mugeres) en quienes no alcanzando la fuerza á la cólera: *Indignatio ejus plusquam fortitudo ejus*, se manifiesta mas de ordinario su malignidad por la lengua. Veo muchas que acuden á la Iglesia, que rezan mucho, que oyen sermones, y que frecuentan los Santos Sacramentos. Hasta aquí bueno está el pulso; pero al reconocerles luego en su casa las lenguas, ¡oh, Dios! ¡qué denegridas á las injurias, á los oprobios, á las amenazas! ¡Y qué ardientes, y qué encendidas á las maldiciones, al menor descuido de su criada, ó á la travesura del hijo, á la impertinencia del marido, ó á la desgracia de la suerte! ¡qué rayos, qué tabardillos, qué puñaladas, qué muerte, qué lluvia de amenazas al mas leve enojo! ¡qué tempestad de injurias y oprobios al menor sentimiento! ¡qué rayos de maldiciones á todo! ¿Esa es vuestra lengua? Pues os vuelvo á decir que hay oculta malignidad en el corazon, que sin re-



medio tira á quitaros la mejor vida. Y lo peor es, que de esa costumbre infernal de echar maldiciones se hace tan poco caso, que en eso mismo tiene su mas mortal veno siempre contra los que las echan, y no pocas veces contra los que las sufren: *Venenum aspidum insanabile*, dice el mejor Hipócrates del cielo, al 32 del Deuteronomio. Es insanable, no tiene remedio el veneno del áspid, ¿y por qué será? Porque sin verse la herida, introduce esta serpiente su ponzoña: *Absque morsu conspuens hominem veneno perimit*. (Lorin. in *Psalm.* 13. vers. 3.) dice nuestro Lorino. Es el áspid una serpiente que no muerde, no hace sangre, no abre herida, sino que solo con la saliva que escupe, introduce el veneno, y como no se repara, no se le acude; y como no duele la herida, no se le busca el remedio; y así quita la vida, y así mata: *Venenum aspidum insanabile*. ¡Terrible ponzoña! Pero esos áspides, me dirán, están allá en las montañas del Africa, allá en los arenales de la Libia, seguros estamos de ellos. ¿Seguros? Pues no están sino entre nosotros, y quizá hay muchos ahora dentro de esta Iglesia. ¿Saben quiénes son estos áspides? Pues son los maldicientes, nos dice el mismo Dios por boca de David: son los que, y las que teniendo todo el día la boca llena de maldiciones, es boca del infierno la suya: *Venenum aspidum sub labiis eorum, quorum os maledictione, et amaritudine plenum est.* (*Psalm.* 13.) Escupe un áspid de estos la maldicion en el hijo, en la criada, en el prójimo: no se hace caso de tan mortal herida, y vase incorporando el veneno; y sin sentirse, ¡á cuántos las maldiciones les ha quitado la salud y la vida? ¡y á cuántos el alma? *Venenum aspidum insanabile*. ¡Oh, maldito veneno, que así matas tan sin reparo,

que así sin derramar la sangre quitas tantas veces la vida: *Si ille, qui maledicet*, dice el Angel maestro de las escuelas, *vellit malum occisionis alterius, desiderio non differt ab homicida.* (2. 2. *quæst.* 76. *art.* 4. *ad.* 2.) Son las maldiciones un matar sordo, y por eso mas fiero: son un matar solapado, y por eso mas terrible. ¡Oh, maldicientes, pues para vosotros está cerrado el Reino de Dios! ¿Os parece que no haceis nada en esas maldiciones? ¿Os parece que no son mas que palabras que vuelan? ¿desfogues de vuestro enojo, despiques de vuestra rabia, que nada importan? Pues no importan menos que el cielo, que la salvacion, que la gloria que os quitan. No lo digo yo, sino San Pablo: *Maledici Regnum Dei non possidebunt.* (1. *Cor.* 6.) Los maldicientes no alcanzarán el Reyno de Dios. Descubramos, pues, este tan infernal veneno, para buscarle su remedio, sin que valgan excusas.

Decir mal, ó maldecir, son cosas muy distintas en el uso de nuestra lengua. Decir mal, es murmurar, quitar la honra, detraer. Maldecir, no se entiende solo de las que comunmente llamamos maldiciones. Maldice tambien quien con deseo de venganza amenaza con las palabras y amaga con las acciones de hacer algun mal grave, y peca mortalmente, sin que en esto se excusen, ni los padres, ni los amos, ni los maestros, si sus amenazas no son por correccion, sino por venganza, y es daño grave el que amenazen con intencion de ejecutarlo. Maldice, quien en su cara le dice al prójimo alguna grave injuria, algun aprobio con que gravemente lo deshonra; y es siempre pecado mortal gravísimo, y con obligacion de pedirle perdon; y si fuere menester, de rodillas, ó condenarse, ó



condenarse. ¡Ah, qué punto tan grave, como poco reparado entre mugeres!

Allá celebra por cosa muy singular Plinio un eco que habia en el Pórtico de Olimpa, llamado Heptaphono, que quiere decir de siete voces, porque una palabra que se dijera, la repetia siete veces con toda distincion el eco. (Plin. l. 36. cap. 15. *initio*.) Pero de estos ecos, ¿cuántos vemos acá en las riñas de las mugeres, digo de las mugercillas? Una palabrilla sola, ¿cuántas deshonras repite? ¿cuántos aprobios? ¿cuántas contumelias? ¿cuántas palabras que hacen eco en lo mas interior del alma, que resuenan en lo mas secreto de la honra, y que retumba en lo mas hondo del infierno? Allá lo verán las almas, si acá no lo reparan las conciencias. Una muger, que al ver una gota de sangre se desmaya, que á una espada desnuda se muere, no repara luego en hacer con su lengua heridas mas crueles, muertes mas terribles en la honra y en la vida: *Flagelli plaga liborem facit*, dice el Espíritu Santo, *plaga autem lingue comminuet ossa*. (Eccl. 28.) Y si se mira como tan grave daño darle á un hombre de palos, con el mismo horror se debe evitar el herirlo con un aprobio, dice San Gerónimo: *Sicut homo cavet, ne baculo aliquem percutiat: sic cavere debet, ne percutiat eum convitio*.

Mas ya, la que mas comunmente llamamos maldicion, es, dice Santo Tomás, expresar con las palabras el deseo que uno tiene del mal del otro, si se lo desea como mal; porque males hay que se pueden desear por bien, y esa no es maldicion ni pecado: como si la madre le desea al hijo la muerte antes que ofenda á Dios.

Del santo Abad Inocencio, se refiere que vien-

do á un hijo suyo, que habia tenido antes de Monge, en gran peligro de pecar, pidió á Dios primero se le entrara en el cuerpo un demonio. (*Vit. pat. l. 8. c. 103.*) Y así fué, gustando mucho al padre de verlo antes endemoniado que en pecado, antes atormentado que perdido. ¡Oh, qué buen padre! No hablemos de eso, que esa no es maldicion; pero lo es, siempre que el mal que se desea, se desea como mal. Y por sí, es siempre pecado mortal, si no lo excusa lo leve del mal que se desea, la total inadvertencia ó falta de intencion.

Pero, ¡oh Dios! aquí entran las excusas: Yo eché, dicen, muchas maldiciones con cólera y enojos, pero no tuve intencion de que alcanzaran.—¿Con cólera y sin intencion? ¡oh, qué difícil es! Que se escapó una ú otra, podrá ser; pero no siendo, como no es de ordinario, la cólera tanta, que quite la advertencia; y siendo tan repetidas las maldiciones, tan ponderadas, tan horribles, el sentimiento ardiendo en el corazon, ¿y que salgan las palabras sin intencion de la venganza? Allá lo vereis, allá lo vereis.—¡Oh, que yo no le tengo odio, no le quiero mal!—Sea así; ¡pero quién quita que se frague en un instante el deseo, y que en un instante se haga el daño? (Drexel. *Orb. pha. c. 26. §. 2.*) Vió un padre á una hijuela suya, de solo cinco años, que se estaba bebiendo una poca de leche que él tenia guardada, y dijole colérico: Bebe, bebe con el diablo. Así fué, por que al punto se le entró á la pobre criatura el demonio, y la atormentó muchos años.—¡Oh, que yo, dice otra, luego al punto me arrepiento, luego se me pasa! ¿Y apretando el gatillo á la escopeta, quitará el arrepentimiento la vala que ya se disparó? Y el que ya se pasó, ¿quitará el daño hecho? Y puesto un pié en el res-



valadero, ¿será tan fácil que el otro pié lo detenga? En Aviñon se calzaba un mozo unos zapatos, y no pudiendo entrar uno de ellos: ¡Oh, el diablo te lleve, dijo! Al punto se lo arrebató el diablo, y en ese punto se vió el zapato en la ciudad de Carpentas en manos de un endemoniado, que mostrándolo, dijo: *Mio será el otro zapato.* (Anal. So. An. 159.) Y si tan en un punto oye el diablo, mirad si vendrá él. ¡Luego me arrepiento! Yo, dice ya otra, aunque echo innumerables maldiciones, pero como son tantas, ya no lo advierto.—¿Cuántas serán?—No tienen número.—¿Y todas sin intencion?—No, que algunas echo con deseo de que alcancen.—¡Oh, alma de serpiente, que ya llevas aprendida la lengua para tratar en el infierno con los condenados! ¿qué confesiones haces? ¿qué comuniones? Si tienes en tus entrañas toda la ponzoña de los dragones, toda la amarga hiel de los áspides, ¿qué propósito traes á la confesion? ¿qué enmienda? Pues sabe que con esa costumbre estás en estado de pecarlo mortal, si no haces cuantas diligencias alcanzares para quitarla. Cuando en una terrible tempestad llueven rayos, pregunto, ¿todos ellos matan hombres? No, muchos dán en la tierra, muchos se quedan en el aire. ¿Y con todo, ¿cuáles andamos de turbados! Se tocan las campanas, se encienden velas, nos armamos de cruces y reliquias. ¡Oh, en cuántas casas son menester de dia y de noche estas diligencias! ¿Que toquen á plegaria, porque la negra nube de una muger dispara en maldiciones y rayos! ¿Y qué ha de suceder con esto? Desdichas, desventuras, ruinas. No pregunten dónde hay una de estas lenguas maldicientes: no pregunten de dónde vino la desgracia, cómo sucedió el trabajo, y por qué no

hay sino desdichas. No lo pregunten, que esa boca llena de maldiciones, es la que llena al marido, á la familia, y á toda la casa de desdichas: *Contritio, et infelicitas in viis eorum.*

Pero con mas especialidad, ¡oh padres! ¡oh, madres! mirad que vuestras maldiciones tienen doblada fuerza en vuestros hijos: *Benedictio patris firmat domos filiorum, maledictio autem matris eradicat fundamenta.* (Eccl. cap. 3.) La maldicion de un padre ó de una madre, dice el Espíritu Santo, destruye, consume, acaba á los hijos. ¡Ah, maldiciones de madres harpías, de madres bárbaras! Ya no me admiro, dice un gentil, Séneca, no me admiro que tantas desdichas nos sucedan, que veamos tantos mozos malogrados, tantas mugeres perdidas, y tanto tropel de males. ¿Qué hemos de tener? ¿Y qué han de tener, si desde sus primeros años, si desde niños les empiezan á llover sus padres las maldiciones? *Iam non admiror, si omnia a prima pueritia nos mala sequuntur: inter execrationes parentum crescimus.* (Sénec. Epist. 60.) Hijos criados con maldiciones, ¿qué han de tener en su vida sino desventuras? ¿De qué vienen tantos hijos tan perversos? De que se crian con maldiciones, dice la Sabiduría: *Nequisimi filii eorum, maledicta creatura eorum.* (Sap. 3. v. 13.) ¿Qué pensais, madres, que porque no veis luego la maldicion cumplida, deja de lograr su veneno? Las desgracias de los hijos lo dicen y las deshonras de los padres lo lloran. Son hijas del cielo las perlas, dice Plinio; pero si al concebirse está el cielo turbio de nubes y fulminando rayos, aunque no se ve luego el daño, la perla sale despues turbia, oscura y sin ningun valor, ni provecho: *Eundem pallere Cælo minante conceptum.* (L. 9. c. 33.) Así ve-



mos, pues, los hijos sin logro, oscurecidos y sin honra, porque las maldiciones de sus padres así los oscurecen. ¡Ah, hijos malogrados!

De uno, que habiéndolo mordido un perro rabioso en la cabeza, escribe Alberto Magno, no sintió por entónces ningun efecto; habiéndose pasado ya doce años, entónces empezó á sentir la fuerza de aquel veneno que habia tenido tanto tiempo escondido. Aunque no veais, padres, el efecto de vuestras maldiciones, luego el tiempo os dirá sus efectos.

Ha dado, pues, Dios esta eficacia á las maldiciones de los padres: parte para temor de los hijos, y parte para castigo de los mismos padres, para que los hijos tiemblen de ofenderlos, pues que teniendo en la tierra el lugar de Dios, hace su Magestad que se cumplan sus maldiciones. Así entre innumerables, de que están llenas las historias, les sucedió á los de aquella viuda que refiere San Agustín: (*Aug. lib. 22. de Civ. cap. 8.*) Tenia ésta siete hijos y tres hijas: faltáronle todos al respeto, y ella colérica: ¡Oh, no tengais, les dijo, ¡oh, no tengais quietud en vuestra vida, pues que á mí no me la dais en mi vejez! Al punto empezaron todos á temblar de pies á cabeza, tan violentamente, que sin poder sosegarse un instante, anduvieron por muchas ciudades hechos escarmientos del mundo, hasta que acabaron sus vidas. ¡Oh, rayos fulminados de la boca de un padre! Mas tambien para mas terrible castigo de los padres, les cumple Dios sus maldiciones. Pierdan á los hijos, véanlos arrastrados, y pague una mala madre sus maldiciones á precio de su dolor. Así le sucedió á aquella, (quebranta el corazon aun oír el suceso) aquella, digo, que refiere Francioto, (*Franc. in.*

*vit. s. Aug.*) que tenia una hijuela inocente, de siete á ocho años, en un cortijo del campo, cerca de Luca en Toscana; y la madre siempre usaba mucho decirle á la criatura á cualquier enojito: ¡Oh, cómante lobos! Así se lo repitió una mañana en que ella y el marido se fueron á la ciudad á misa. La criatura estaba á la puerta de su casa jugando, cuando del monte cercano vino una loba, que carníceramente embistió á la inocente, despedazó y comió; y luego con lo que quedaba del cuerpecito corrió ligera á llevarles de comer á sus cachorros. Viene la madre, échala menos, ve la sangre, sigue el rastro, descubre los pedazos del vestidillo sangrientos, llega á la cueva, y ve entre los dientes de los cachorros del lobo, parte de la cabeza de su hija. ¡Oh, qué dolor! Súfralo, pues así lo merece una madre maldiciente. ¡Ah, madres, y si así vierais luego cumplidas esas vuestras terribles maldiciones! Pues temed que os suceda, temed.

Refiere nuestro Martin Delrío, (*Delr. de Mag. l. 3. p. 1. q. 7. s. lit. C.*) que en Silesia un caballero habia prevenido para no se qué celebridad un gran convite: habia convidado á otros caballeros, y todo ya á punto en el dia señalado, fuéronle entrando recados de este y de aquel convidado que se le excusaban. El ya impaciente, éntrale otro recado de excusa, y prorrumpe colérico: Pues si no hay otros, vengan todos los diablos á comer con migo. Y con esto salióse de casa á divertir su impaciencia en la Iglesia donde habia sermon y estábalo predicando el cura. Hízose hora, y he aquí que fueron llegando á su casa unos hombres á caballo, agigantados de cuerpo, negros como la pez; y tan fieros como demonios. Apéaronse, y dijeron á un criado: Anda dí á tu señor que ya le es-



peran aquí sus huéspedes. Temblando sale el criado, vá corriendo, dícele á su amo lo que pasa. Y él mas lleno de espanto, se lo dice al cura. Mandó éste que al punto saliera toda la familia de la casa. Así se hizo con tal prisa, que dejaron en la cuna olvidado un hijo de aquel caballero. Y los infernales huéspedes empezaron á celebrar su banquete con grandes voces, brindis y risotadas. El dueño de la casa con el cura, y otro mucho concurso, estaban por la calle llenos de horror. Y los demonios asomándose á las ventanas en horribles figuras de osos, de lobos y de gatos; cuál con una presa de asado, cuál con un plato, y cuál con una copa de vino la brindaban al dueño y le decian: Sube acá, sube: ¿qué cortesía es convidarse así y dejarnos solos? ¿No nos llamaste? Pues ya estamos aquí á comer con tigo, vén sube. En esto asomó uno con el hijuelo de aquel caballero, jugándolo entre sus añas. Echó de ver entónces el olvido y levantó el gemido al dolor. Pero un criado suyo, mas fiel y mas animoso, quizá por mas cristiano: Yo entraré, le dijo, y te sacaré á tu hijo.—¿Te atreves?—Sí.—Pues anda en el nombre de Dios. Santíguase y entra; y al punto: ¡qué grita sobre él de los diablos! Pero él intrépido: Dame ese niño en el nombre de Jesucristo.—No lo daré, que ya es mio.—Sí lo darás; y embistiendo, se lo quitó. Acometen los demonios, pero él con la señal de la Cruz salió libre, que no tenían licencia de Dios aquellos enemigos para tanto. Volvióle al padre su hijo, pero los demonios se quedaron en la casa, por muchos días, haciendo mil destrozos y poniendo mil escarmientos. Mirad todos, mirad todos cómo los llamas, no vengan presto, que á la voz de las maldiciones entienden muy

bien, porque esa es su propia lengua, como es por el contrario la lengua del cielo, las bendiciones de Dios y de sus criaturas. Ensáyese desde acá nuestra lengua á hablar la lengua de los Angeles, si queremos irlos á acompañar en las eternas bendiciones de la gloria.